

CONFERENCIA ESCOLAR

LA IGLESIA DE JESUCRISTO

No conozco en el Evangelio escena más sublime que la de que os voy a hablar.

Nuestro Señor Jesucristo había sido el vencedor de la muerte. Había pasado cuarenta días conversando con sus discípulos después de haber vuelto a tomar su cuerpo glorioso, impasible, inmortal, pero cuya gloria ocultaba a los pobres ojos de los hombres, que no hubieran podido soportar espectáculo tan deslumbrador. Próximo a volver a su Padre, como lo había anunciado El mismo, se prepara a ejecutar el designio de sobrevivir en la tierra, en la persona de sus apóstoles, sus lugartenientes. Los convoca por última vez. Están en la cumbre de una montaña. Allí, entre el cielo y la tierra, les confiere en solemnísimos términos la investidura de sus nuevos poderes: son los poderes de un Dios. «Se me ha dado, les dice, toda potestad en el cielo y en la tierra.» Ved en qué nombre habla, y qué poder les confiere. Otro evangelista dice: que sopló sobre aquellos hombres para indicarles que les infundía un nuevo sér, un nuevo espíritu, diciéndoles estas palabras: «Recibid el Espíritu Santo; como me envió mi Padre, así os envío a vosotros.» La misma misión y con el mismo objeto. Y después de este formulario lleno de magnificencia: «Id, les dijo, enseñad a todas las naciones.» Todas las naciones, la universalidad de los pueblos: ved ahí la inmensidad, la catolicidad de la Iglesia. «Enseñadles todo lo que os he ensañado.» Toda la doctrina, la universalidad de la verdad: ved ahí el programa de las enseñanzas de la Iglesia. Y por fin: «Yo estaré con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos.» Todos los siglos: ved ahí la duración, la per-

petuidad, la inmortalidad de la Iglesia. Así todas las naciones, *omnes gentes*; todas las verdades, *quaecumque mandavi vobis*; todos los siglos, *omnibus diebus*; todo el poder, *omnis potestas*. Completa es la delegación. Rey inmortal, puede ya volar a tomar posesión de su trono en los cielos; el de la tierra está asegurado. Sobrevivirá a sí mismo en esos plenipotenciarios de su elección, y realmente en todos sentidos, está y vive con nosotros hasta la consumación de los tiempos.

I

La Iglesia es Jesucristo continuado, perpetuado, inmortalizado en el mundo: tal es el concepto más verdadero y más fecundo que podemos formarnos de la Iglesia. Así lo entiende San Pablo, y así lo ha entendido también la teología católica que después de él ha repetido: *Omnis Ecclesia quae est corpus ipsius (Christi) et plenitudo ejus, qui omnia in omnibus adimpletur*. Tiene el Apóstol veinte modos distintos de revelarnos el mismo pensamiento. La imagen más familiar de sus cartas es el Cristo, cabeza de la Iglesia, el Cristo una sola cosa con ella, como los miembros con la cabeza.

Oíd más aún. Jesús vive en la Iglesia como vivió en el Evangelio; están ahí representadas todas las fases de su existencia terrestre. He visto la vida oculta de Jesús en Nazaret, y esta misma vida oculta la he visto en la Iglesia. Le he visto esconderse trescientos años en las catacumbas y en los desiertos, y lo veo todavía escondido hoy entre los pequeños y entre las gentes sencillas; lo he visto oculto en el tabernáculo y en nuestros altares casi desiertos, y siempre aparece el mismo de quien se dijo un día: *In medio vestrum stetit quem vos nescitis*.

He visto en el Evangelio la vida pública de Jesús, y la veo cada día renovada en la Iglesia. Se repiten

los beneficios. Llama así, y bendice a los niños: ¿no véis el gran número de escuelas que le pertenecen, y el gran número de niños que acuden a El para instruirse? Habéis contado, por ejemplo, esas muchedumbres que todos los años acuden a los obispos para recibir la confirmación? Convierte a los pecadores; recibe en sus paternales brazos al hijo pródigo arrepentido, y levanta a la pecadora que lava sus pies con sus lágrimas y los limpia con sus cabellos; cada día hace descender sobre millares de pecadores palabras de misericordia: «Id en paz, están perdonados vuestros pecados.» A cada momento toma la figura del buen pastor para ir en busca de la oveja que se ha extraviado en el desierto. Y va por todas partes, *sanans omnem languorem et infirmitatem*. ¿Habéis contado las muchedumbres humildes y convertidas que cada semana llegan al altar de nuestra Señora de las Victorias, y el cortejo de regenerados que diariamente se sientan a la mesa de Jesús Redentor en la comunión general de Nuestra Señora de París?

Las enseñanzas son también las mismas. Tomo los decretos de los concilios, hojeo las actas pontificias desde el principio de la Iglesia, y veo allí y oigo allí a Jesucristo que me repite, como dijera otra vez, que es la luz del mundo, que es el camino, la verdad y la vida; que es necesario renunciarse a sí mismo, y, tomando la cruz, seguirle; que el reino de los cielos es el patrimonio de los pobres, de los afligidos, de los perseguidos, de los justos, de los mansos y de los puros de corazón, y que en el cielo nos está reservada una gran recompensa. Siempre el Evangelio, siempre su palabra, pero su palabra confirmada por la experiencia de diez y nueve siglos que, elevándolos de la tierra, los ha llevado hasta sí mismo,

Son también los mismos sus milagros. Veo todavía a Jesucristo multiplicando los panes para las muche-

dumbres que le mueven a piedad: lo sabéis bien vosotros, amigos de las Hermanitas de los pobres. Le veo haciendo andar al cojo, ver al ciego y hablar al mudo: pensad en las maravillas de la caridad en los hospitales, junto a la cama de los enfermos. Y, sin hablar de las almas que libra constantemente de enfermedades morales, de El sale virtud como en otros tiempos, y lleva la salud a los cuerpos, y ahí está por el mundo esa multitud de milagros operados por El a ruego de su Madre Santísima. Los muertos resucitan a su voz, y el mundo romano y el mundo pagano que hizo salir de la putrefacción de la tumba, donde exhalaba un hedor de muerte, son ciertamente el Lázaró que al oír el *Exi foras*, ha vuelto a la vida para consagrarla al servicio de Jesucristo.

He leído en el Evangelio la vida dolorosa de Jesucristo, y esa misma vida la veo repetida en la Iglesia. Mirad todavía a ese Dios perseguido, hecho objeto de la burla de los escribas, del odio de los príncipes del pueblo, de la envidia de los fariseos, de la diversión del pueblo inconstante, la víctima de los políticos y el juego de las rivalidades de los ambiciosos. Vedle todavía hoy entregado a los judíos omnipotentes, cuyo oro seduce a todos los Judas, y cuyos irresistibles empréstitos hacen temblar a nuestros modernos procónsules. Vedle hoy, como entonces, con la púrpura de bur-las, con la corona de espinas y el cetro de caña: los soldados de los Caifás y los ministriles de los *caciques* no le escasean los salivazos y las bofetadas. Es pospuesto a los malvados, a los ladrones y a los asesinos, llámense Barrabás como en otro tiempo, o llámense Robespierre, Dantón y Marat, como hoy. Siempre lo mismo, la misma conspiración, el mismo drama de la pasión que vuelve a comenzar con los mismos

actores y la misma compañía. Sólo han cambiado los nombres.

¿Y no se reproduce también la vida gloriosa de Nuestro Señor Jesucristo en la Iglesia católica hace diez y nueve siglos? ¿No ha quedado mil veces burlada la esperanza de los que han sellado su tumba? ¿No ha sabido El levantar mil veces también la piedra que cubría su sepulcro? *Surrexit, non est hic*. Preguntadlo a los césares, a los heresiarcas, a los juristas de la edad media, a los sofistas y a los verdugos. Por fin, no hay un rasgo de la vida evangélica de Jesucristo que no se halle en el curso de su existencia histórica a través de los siglos. Demasiado larga aparecería la aplicación, pero no sería poco instructiva. Tomad el Evangelio con una mano y con la otra la historia, y leed comparando: quedaréis deslumbrados y enajenados.

Notad bien, hijos míos, que no se trata aquí de una vida de puros recuerdos, sino de una vida real y presente. Jesucristo está ahí real, substancial y personalmente. Está en el Santísimo Sacramento; de El, presente en la tierra con la grandeza y majestad de los cielos, dimanan esas luces, esos milagros, esos beneficios, todos esos grandes acontecimientos que tienen relación con El. El es el centro vivo y activo de todo. Desde su tabernáculo, nos habla, nos perdona, nos da la salud, triunfa y reina en su Iglesia. Y si ahí no sufre, es porque su cuerpo es impasible y glorioso. Porque, una vez más, ahí está El: *Ecce vobiscum sum*.

Sin duda que, para obrar visiblemente en su Iglesia, debe nuestro Señor Jesucristo revestir formas humanas que reproduzcan con más o menos perfección sus rasgos divinos. Los miembros de la Iglesia docente son hombres como los de la Iglesia discente, y no es maravilla encontrar cosas humanas allí donde hay hombres. Pero esa exterior vestidura no deja subsistir me-

nos la fisonomía completa del que siempre será conocido bajo esas formas y bajo los pliegues que flotan a los vientos de los siglos. Salta a los ojos del espíritu la semejanza.

Pero desde el momento en que Jesucristo, Hombre-Dios, revive en su Iglesia, revive tal cual es con todos sus divinos atributos, lo mismo que con sus humanas debilidades. La Iglesia es inmortal, porque lo es Jesucristo: *Portae inferi non praevalerunt*. La Iglesia es infalible, porque lo es Jesucristo: *Qui vos audit, me audit*; y lo mismo todo lo demás. Mi fe en ella no es sino consecuencia de mi fe en El. La aplicación es sencillísima.

Y lo mismo que con toda la energía de su fe reconoce mi espíritu a Jesucristo en su Iglesia, le adora mi corazón, y le ama con religiosa e indecible ternura. En ella lo amo a El, porque El es el Dios de toda bondad a quien yo veo darse a conocer por la voz de ella, bendecir y dar por las manos de ella, y sufrir por los sufrimientos de ella. En El la veo yo tal cual la vio el Apóstol, toda hermosa y toda amable: *Gloriosam Ecclesiam, non habentem maculam aut rugam, aut aliquid hujusmodi, sed ut sit sancta et immaculata*. Tiene todos los encantos de la Ciudad Santa que vio san Juan descender del trono de Dios, adornada como esposa que se presenta al esposo, porque Jesús es ese Esposo, Esposo divino, y de ella se puede decir también con el mismo profeta: «Ved aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y morará con ellos. Y ellos serán su pueblo, y el mismo Dios en medio de ellos será su Dios.» Esa visión es el eco de la palabra divina: *Ecce vobiscum sum*.

¡Feliz el que ha conocido y amado así a la Iglesia desde su niñez! ¡Feliz igualmente el que, en los umbrales de su adolescencia, mirándola más de cerca, la encuentra con esa mirada, la sola digna de su fe y de su amor! Escuchad, hijos míos, lo que de sí mismo cuenta un ilustre irlandés, Tomás Moore, amigo y ému-

lo de Byron, y, después de él, el más esclarecido poeta de la Gran Bretaña en el siglo XIX: «Era, escribe, la tarde del 16 de abril de 1829, el mismo día en que llegó a Dublín la noticia de la sanción que había dado el rey al *bill* de emancipación religiosa de los católicos. Estaba yo sentado en mi habitación, en el segundo piso del Colegio de la Trinidad. Perteneecía a esa nación fiel formada por siete millones de hombres, a quienes aquella medida daba la libertad. Joven todavía, pues apenas si había entrado en los veintiún años, no había reflexionado bastante sobre la diferencia entre la fe católica que profesaba y la doctrina protestante que le era opuesta; pero el honor más que otra cosa me había retenido hasta entonces en el seno de la Iglesia perseguida. Desde entonces era libre, y podía escoger sin que pudiera tenerseme por traidor a nuestra causa, pues habíamos ganado. Después de algunos momentos de meditación salté de mi asiento, y dando rápidamente algunas vueltas por mi cuarto, como para gozar de mi emancipación, me pregunté: «¿Permaneceré católico, o me haré protestante?» Me acuerdo que la campana del colegio daba las ocho, cuando comenzó la completa absorción de mis facultades, efecto de esta meditación. Dieron las diez antes de resolver la cuestión. Aunque ignorante en materia de religión en aquella época de mi vida, tenía, sin embargo, por naturaleza, vivos sentimientos de piedad. Desde niño, arrodillábase todas las noches para dirigir a Dios una oración llena de confianza en su bondad y en su misericordia. La elección de una religión era para mí asunto de conciencia, y de buena fe y con ardor se puso mi alma a evocar en derredor de sí las brillantes verdades que el más puro cielo había hecho lucir sobre mí.»

El joven se dedicó inmediatamente al estudio. Remontando al origen del cristianismo para recorrer en

su compañía todos los siglos de la historia, no omitió investigación, ni despreció documento, ni olvidó tradición que pudiera ponerle en el camino de la verdadera Iglesia. Aquellos largos y sabios estudios los recopiló inmediatamente en un libro que llamó: *Viajes de un joven irlandés en busca de una religión*; es uno de los libros que han hecho a Inglaterra adelantar más en el camino de la vuelta a la Iglesia Romana. Ved con qué rasgos de fe, con qué exclamaciones de amor hacia esta divina Iglesia, la sola verdadera, la sola buena, la sola amable, termina este libro: «Salud pues, escribe, Iglesia una y verdadera, único camino de la vida, y cuyos tabernáculos no han experimentado la confusión de lenguas. ¡Qué dulzuras siente mi alma al reposar a la sombra de tus santos misterios! Lejos de mí la impiedad que insulta a su necesaria oscuridad, y la temeridad que quisiera sondear sus profundísimos secretos. Lleno de fe y de amor, no se más que responder con San Agustín.» Razonad vosotros, yo admiro; discutid vosotros, yo creo.—*Tu rationare, ego miror. Tu disputa, ego credam.*

II

Sin recorrer los mismos caminos, estáis, hijos míos, en posesión de la misma fe. Ahora considerad lo que es para vosotros la Iglesia, y lo que debéis ser para ella vosotros, y sacad la conclusión. La Iglesia es maestra, sus discípulos sois vosotros, debéis, pues, escucharla. La Iglesia es reina, vosotros sois sus súbditos, debéis obedecerla y servirla. La Iglesia es madre, vosotros sois sus hijos, debéis amarla y respetarla. Ved ahí sus tres títulos indicadores de vuestros deberes.

La Iglesia es maestra; sus enseñanzas forman la dirección de las inteligencias; escuchadla, pues sois sus discípulos. Escuchadla, que, asistida por el Espíritu Santo, ni puede engañarse ni engañarnos. Escuchadla, porque todo hombre ha sido enseñado, y en lugar de soportar el yugo de la escuela de un hombre, será

para vosotros más honroso estar bajo la autoridad legítima y libertadora de la escuela de Dios. Escuchadla, que no hay bajo el sol una escuela que a su escuela se asemeje, y no hay religión ni filosofía que pueda presentar una enseñanza semejante a sus enseñanzas. Hermoso es el lenguaje de que se ha servido un escritor católico para presentar esta verdad: «La Iglesia católica, ha dicho, es sobre la tierra la vestal, el guardián de la verdad. Filósofos, ella tiene explicaciones y virtudes que no tenéis vosotros, y todo lo que vosotros tenéis, ella lo posee en mayor grado. Políticos, legisladores, ella llega a profundidades inaccesibles a vosotros, y tiene también bondades y rigores que vosotros no conocéis. Protestantes, griegos, sus instituciones tienen una belleza desconocida de vosotros; sus enseñanzas una plenitud que jamás habéis podido imaginar; su culto una majestad que os deslumbraría; su jerarquía una solidaridad a que ella sola a podido alcanzar. Y vosotros, pobres paganos, vosotros no tenéis nada, no habéis soñado jamás en ninguno de sus grandes tesoros: la gracia falta a vuestras almas, la justicia a vuestras leyes, la esperanza a vuestros últimos momentos. La Iglesia católica guarda para los hombres sus bienes y su patrimonio del cielo. Es la madre, el aya y la bienhechora de la humanidad. Sale en la mañana el sol, tenemos seguridad de que no faltará el sustento para nuestros cuerpos; suena el *Angelus*, no faltará el alimento para nuestras almas. Asegurada está la vida» (1).

Por los obispos y por los sacerdotes nos habla hoy el mismo Dios que habló un día por los profetas. Y cuando escucháis la voz de vuestro obispo, sabed que os habla un sucesor de los apóstoles. Escuchad la

(1) M. Agustín Cochín. *Esperanzas cristianas*, p. 358.

palabra del cura de vuestra parroquia, por desaliñada que ella sea; sabéis que para vosotros es la palabra de Dios.

Hijos de la Iglesia, aceptad su doctrina completa, sin disminución, sin atenuación, sin restricción y sin mezcla. Hay quien escucha su palabra revelada, y, en definitiva, no da crédito sino a su propia razón: esos son racionalistas. Hay quien se somete a su autoridad, pero haciendo profesión de inclinarse en favor de la libertad: estos son liberales en el peor sentido de la palabra. Hay quienes, aceptando lo que es estrictamente obligatorio en la Iglesia en dogma, en moral y en disciplina, no le conceden sino lo que en ninguna manera pueden rehusarle: estos son minimistas. Vuestra fe ha de ser generosa, no concediendo a Dios tan estrecho lugar. Que no basta tener y profesar la fe de la Iglesia: se necesita tener el espíritu y el sentido de la Iglesia. Pues el espíritu y el sentido de la Iglesia es lo que os deseo: sólo con ellos y por ellos podéis ser verdaderamente católicos.

Entrad completamente en esa escuela divina, universal, perpetua, que un día, en un momento de arrebatadora elocuencia, celebraba y cantaba el P. Lacordaire, cuando, apostrofando a sus oyentes en Nuestra Señora de París, les decía: «¡Silencio! Señores, ¡Silencio! Oigo cerca y lejos, ahí, en la masa de esos muros, allá en el fondo de las generaciones y de los siglos, oigo multitud de voces que parecen una sola voz, la voz de los niños, la voz de las vírgenes, la voz de los jóvenes, la voz de los viejos, la voz de los artistas, la voz de los poetas, la voz de los príncipes, la voz de las naciones, la voz del tiempo, la voz del espacio, la paz profunda y armónica de la unidad. La oigo..... Canta el cantar de la única sociedad de los espíritus que existe aquí abajo: repite, sin jamás cesar, esa palabra, la única estable y consoladora: *Credo in unam, sanctam, catholicam et apostolicam Ecclesiam*. Y yo, pues es también mi fiesta, yo, hijo de esa unidad sin mancha y sin lunar, canto también con ellos y repito a mi vez: *Credo*

in unam, sanctam, catholicam et apostolicam Ecclesiam.... ¡Ah! sí, creo» (1).

La Iglesia es también reina, y sois vosotros sus súbditos. Tiene sobre vosotros incuestionable derecho de soberanía, y deber vuestro es obedecerla y servirla. Tiene sus mandamientos, a los que os someteréis como a los mandamientos de Dios, de los cuales son explicación y aplicación práctica. Se tiene a gloria ser fiel a las leyes del propio país, ¿y causará vergüenza someterse a las leyes de la Iglesia? Hay un público ejercicio del culto, hay una fiesta a que os llama la Iglesia: asistid a la fiesta. Hay una penitencia que ella ha prescrito: sometéos a la penitencia. Hay una abstinencia que ella ha señalado: abstenéos, que ella lo manda. Hay una lectura que ella ha prohibido: aceptad esa prohibición. Hay una superstición que ella condena y destierra: condenadla y desterradla vosotros, y baste que recomiende ella una devoción, para que la practiquéis vosotros en la medida de vuestras fuerzas.

Muchas veces hemos oído repetir estas palabras de un protestante ilustre: «La Iglesia católica es la más grande escuela del respeto.» Unid, pues, el respeto a la obediencia. Respetad su pasado. ¡Ah! ¡se ha desnaturalizado tanto su historia! y se han amontonado sobre ciertos sucesos y sobre ciertas épocas tantas calumnias sostenidas por la ignorancia y por la ineptitud! En lo presente respetad sus ritos, sus usos, sus instituciones y a sus sacerdotes. Sabed que una de nuestras mayores faltas, y la causa principal de nuestra debilidad, es el no habernos tenido todo el necesario respeto los unos a los otros, y el haber dirigido nuestros respectivos ataques contra nosotros mismos. Son más fuertes nuestros enemigos por nuestras mezquinas divisiones, que por sus propias fuerzas. Y sin embargo, sabemos que servimos al mismo Señor: *¿Numquid divisus est Christus?* Gastamos nuestra pólvora contra nuestros propios sol-

(1) P. Lacordaire. *Conferencias* de 1845.

dados, como si la Santa Sede no nos aconsejase estrechar nuestras filas junto a nuestros jefes, y unirnos a toda costa. ¡Oh Jesús! ¿cuándo llegará el día en que veremos escuchada vuestra última oración? ¡*Ut omnes unum sint!* ¡*consummati in unum!*

Considerad, por fin, a la Iglesia como madre, y como hijos amada. ¿No puede ella decir muy bien como San Pablo? «¿Sois mis hijos, porque os he engendrado en Jesucristo por el Evangelio?» Amad a la Iglesia de Jesucristo en su culto: formen todo vuestro embeleso las oraciones de la Iglesia, la belleza de sus templos, la elocuencia de sus fiestas, el encanto de sus asambleas, la poesía de sus cantos, la santidad de sus altares, y sea para vosotros una estrella la lámpara del santuario, oyendo el toque del *Angelus* como la voz del Angel del Señor que os habla desde los cielos.

Amad a la Iglesia en sus obras: merezcan todas vuestras simpatías sus órdenes religiosas, sus monasterios, sus misiones, sus fundaciones de caridad, sus luchas en favor de la virtud y de la libertad, sus heroísmos en obsequio de los miserables pecadores, sus instituciones de todo género tan brillantes y tan numerosas como las estrellas del cielo. Y estaréis de ella orgullosos hasta el entusiasmo. ¿Qué madre puede acreditar mejor vuestra nobleza?

Que vuestros pechos sean pechos castos, cubiertos con triple armadura contra los asaltos del mundo, y donde latan corazones resueltos a todo, antes que a rendirse. Confianza, hijos míos; sangrienta ha de ser la batalla; pero ganada ha de ser la ciudad santa, y oiréis vuestros nombres entre los cantos de victoria que Dios reserva a su Iglesia para el siglo XX.

MONSEÑOR BAUNARD.

REVISTA

del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección de la Consiliatura

ACTOS OFICIALES DEL COLEGIO.—FILOSOFÍA.—CIENCIAS.
LITERATURA, ETC.

Se publica un número de 64 páginas el día primero de cada mes, excepto enero y diciembre.

Sólo se canjea con revistas y publicaciones análogas.

Número suelto.....\$ 0,20 oro

Suscripción por año (adelantada)..... 2,00 »

Número atrasado..... 0,30 »

Para todo lo relativo a la REVISTA, dirigirse al Administrador, Secretaría del Colegio del Rosario, calle 14, número 73.

Se envían por correo números y suscripciones fuera de la ciudad siempre que venga el valor del pedido.

No se admiten remitidos ni anuncios.